

11. Siendo Dios singularmente ofendido en época semejante con palabras inmodestas, convengamos con algún amigo nuestro en gastar cada día alguna hora hablando de cosas espirituales, exclusivamente para procurar á nuestro Dios y Señor un rato de inefable placer y dulce contentamiento.

12. Puesto que en dichos días acostumbran igualmente los hombres á hacerse culpables de una ociosidad pecaminosa, esforcémonos en poner un exquisito cuidado para no malgastar malamente el tiempo; por manera, que aparte de la recreación necesaria é inocente, no dejemos pasar inútilmente un solo instante del día.

13. Aquellos que están ligados con algún voto, convendría le renovasen en tal época con nuevos actos de amor de Dios: devoción que fué sugerida por el Señor, al desposarse con Santa Catalina, el jueves ántes de Quincuagésima.

En Inglaterra, la época del Carnaval puede suplirse con los días que siguen á las tres festividades de Navidad, Resurrección y Pentecostés. Todos cuantos tienen á su cargo la dirección de las almas, saben por una dolorosa experiencia los horrores que se cometen entre nosotros durante dichas solemnidades, y señaladamente en las dos últimas; pero es tan difícil hablar enérgicamente contra las excursiones baratas, contra los viajes cortos de ferro-carril y otras miserias por el estilo, que no parece queda otro recurso sino

la oración y reparación. Rogar por que llueva en tales días, como que repugna; pero puede impedir una muchedumbre de pecados. La pérdida de la modestia é inocencia en no pocas personas data de una festividad cristiana; y son innumerables las almas que han naufragado en la inocente ribera comprendida entre London Bridge y Rosherville. Sépase, sin embargo, que en Inglaterra la falta de recreación es causa de más pecados que su exceso. El judaísmo carnal del sábado protestante celébrase principalmente con el fin perverso de obligar al pobre en cierta manera á encontrar su única diversión en la culpa manifiesta.

Existen tres bellísimas revelaciones con las cuales Dios se ha dignado darnos á conocer lo muy agradable que es á su Divina Majestad semejante reparación en tiempo de Carnaval. Una fué hecha á Enrique Suso, dominico, y las otras dos á Santa Gertrúdis. Hablaré solamente de una de las últimas, que es la que abraza el espíritu que con tantas ansias anhelo resplandezca en todas las páginas de esta obrita. Dicha revelación está tomada del libro cuarto de sus *Insinuaciones á la Divina Piedad*.

Aparecióse el Señor á Gertrúdis el primer día del Carnaval sentado en el trono de su gloria, y teniendo á sus pies al evangelista San Juan escribiendo en un libro. Preguntóle la Santa, qué era lo que escribía, y el Señor la respondió en nombre del glorioso Apóstol estas palabras:— «Estoy anotando con sumo cuida-

do las devociones que ayer me ofreció tu Congregación, y todas las que piensa ofrecerme en estos dos últimos días: y cuando Yo, á quien el Padre confiara todo el juicio, dé á cada uno despues de su muerte *buena medida* en galardon de sus buenas obras, y añada además la medida *apretada* de mi saludable pasión y muerte con que es ennoblecido el mérito humano, presentaré entónces á mi Padre por medio de este escrito todas estas devociones, para que con la omnipotencia de su paternal misericordia sobreañada igualmente su medida *colmada* en justa recompensa por los beneficios que me habeis prestado en esta cruda guerra que ahora me están haciendo los mundanos. Porque si ninguno me iguala en fidelidad, no es posible que deje de premiar á mis bienhechores, viendo que hasta el mismo rey David, á pesar de haberse siempre mostrado agradecido á sus bienhechores, todavía al morir y confiar el reino á su hijo Salomon, hablóle de esta manera: *Mostrarás tu reconocimiento á los hijos de Berceiaí galaadita, y comerán á tu mesa, porque salieron á mi encuentro y me socorrieron cuando iba huyendo de Absalon, tu hermano.* Agradécese más el favor que se dispensa á los hombres en la adversidad, que aquellos que les son otorgados en tiempo de prosperidad; y así igualmente sucede conmigo: mayor es mi reconocimiento á la fidelidad que mis hijos me profesan cuando el mundo me persigue con cruel encarnizamiento.»

El bienaventurado San Juan, sentado y escribiendo, parecía que unas veces mojaba su pluma en un tintero que tenía en las manos, y formaba con ella letras negras; mojábala otras en la amorosa lagga del costado de Jesus, que tenía abierto delante de sus ojos, y escribía letras encarnadas; y otras, en fin, se le veía iluminar las encarnadas con tinta negra ó dorada. Entendió luégo la Santa que las letras negras significaban aquellas obras que practicaban las religiosas por costumbre, como el ayuno que suele comenzar este lunes; las letras rojas significaban las obras que se hacían en memoria de la pasión de Jesucristo para bien de la Iglesia; las medio encarnadas y negras representaban las obras hechas en memoria de la pasión del Señor para alcanzar de Dios la gracia y demas dones sobrenaturales necesarios á nuestra salvación; y las letras, por el contrario, rojas y doradas, simbolizaban aquellas obras que en unión con la pasión del Salvador se ejecutaban exclusivamente á la mayor gloria de Dios y salvación de todo el género humano, renunciando á todo mérito, favor ó recompensa, y no proponiéndose otro objeto que alabar y glorificar á nuestro Dios y Señor. Porque si bien las primeras merecen un rico galardon, aquellas que se ejecutan solamente en alabanza de Dios, son de mayor mérito y excelencia, y confieren á quien las practica un aumento infinitamente más grande de dicha eterna.

Observó asimismo Gertrúdis que á cada dos párrafos quedaba un lugar en blanco, y suplicó al Señor se sirviese decirla qué significaban semejantes claros:—«Como en tales días, replicóla el Salvador, tenéis la piadosa costumbre de servirme con deseos y fervorosas oraciones en memoria de mi pasión, he cuidado de anotar todos esos deseos y palabras; y eso es lo que forma los dos párrafos escritos en el libro. El lugar en blanco significa aquellas obras que, á diferencia de los deseos y palabras, no acostumbraís á practicar en memoria de mi pasión santísima.—¿Cómo, repuso la sierva de Dios, cómo, amorosísimo Señor mio, podremos nosotras hacer loablemente semejante cosa?—Guardando, la dijo, fielmente, en unión con mi sagrada pasión, los ayunos, vigiliias y demas observancias de la regla, y ofreciéndome la mortificación de vuestro oído y lengua en unión con aquel amor con que refrené todos mis sentidos durante mi pasión. Una sola mirada mia hubiera podido aterrar á todos mis enemigos: una palabra de mis labios habría bastado para convencer de impostura á todos cuantos me contradecían, y permanecí, sin embargo, como un cordero que conducen al matadero, la cabeza humildemente inclinada, clavados los ojos en tierra, y no abriendo mi boca delante del juez, para defenderme de los falsos cargos que se me hacían.—La Santa, al oír al Señor expresarse de esta suerte, vivamente conmovida, le respondió:—¡Enseñadme,

oh Vos, el mejor de los maestros, al ménos una sola cosa que pueda exclusivamente hacer en memoria de vuestra pasión!—Adopta, pues, la contestó el Señor, la costumbre de rogar á Dios mi Padre, en favor de la Iglesia universal, con los brazos en cruz, expresando así la forma de mi pasión santísima, y practícalo de esta manera en unión con aquel amor con que Yo extendí los míos sobre el madero de la Cruz.—Pero como esta devoción es poco comun, repuso Gertrúdis, ¿no será preciso que busque lugares donde practicarla?—Compláceme sobremanera, replicóla á su vez el Señor, semejante costumbre de buscar los lugares ocultos, y es nuevo adorno á la obra, como la perla en un collar. Si alguno, no obstante, se resolviese á practicar esta devoción de rogar con los brazos extendidos, segun se usa comunmente, no tema entónces ninguna contradicción, y sepa asimismo que me rendirá un honor idéntico al que se tributa al rey cuando es solemnemente coronado.»

Y bien, ¿qué es por lo que yo ahora estoy abogando? Solamente por este único objeto, á saber: porque no abandoneis la gloria de Dios, como si fuese un negocio que no os concierne, y no mediase vínculo alguno de unión entre Él y vosotros. He ahí todo cuanto yo os exijo. Dios va á daros en herencia la gloria divina por toda la eternidad, ¿y será posible que vivais acá en la tierra como si no os ligase á ella lazo alguno? ¡Nó! ¡nó! porque sus intereses os tocan muy

de cerca; su triunfo es vuestro triunfo, y su derrota es vuestra derrota. No podeis vivir alejados de la causa de Jesus, ni siquiera es posible que guardéis respecto á Dios una especie de neutralidad armada, supuesto que deseais, tan luego como os llegue la muerte, uniros á Él eternamente con el estrechísimo abrazo de su inefable amor, sin pasar un solo instante en el purgatorio. Tal es, sin embargo, el proceder de no pocos católicos. De todo se cuidan, ménos de la gloria divina é intereses de Jesus. ¿Concíbese cosa más irracional, ni más ruín y egoísta? ¿Y os maravillais todavía de los escasos frutos espirituales que recogemos? Bien poco, ciertamente, nos parecemos á gentes que han venido á poner fuego á la tierra, y que se lamentan porque no arde. ¡Ah Jesus mio dulcísimo! ¡Estas sí que son tus más crueles heridas! Concibo fácilmente las llagas ensangrentadas de vuestras manos y piés, y vuestras rodillas magulladas, y vuestros hombros desollados, y vuestras espaldas desgarradas, y vuestra cabeza llena de agudas espinas y la horrible abertura de vuestro costado. ¡¡¡Pero estas heridas!!! ¡las heridas de la negligencia, de la frialdad y del egoísmo! ¡las heridas de los pocos que fueron fervorosos y ahora son tibios! ¡las de la muchedumbre que nunca fué fervorosa, y no puede reclamar siquiera el título odioso de tibia! ¡las heridas que recibes en la casa de tus mismos amigos! ¡Hé ahí las heridas que debemos lavar con nuestras lágrimas, y

cicatrizar con el bálsamo de una afectuosa y tierna compasion! ¡Jesus mio dulcísimo! apenas puedo creer que seais Vos quien sois, viendo como os ultrajan vuestros mismos hijos! Pero mi propio y perverso corazón descúbreme ¡ay! los insondables abismos de la humana tibieza, y la inconmensurabilidad de su ingratitud. Los últimos capítulos de los cuatro Evangelios no parecen sino una burla amarga contra los fieles.

Además, vivimos como si petulantemente quisiéramos expresarnos de la manera siguiente: «¿Y qué lo hemos de hacer? Nosotros no podemos remediarlo. Si Jesus quiso obrar de esa suerte, es negocio que á Él solo incumbé: nosotros no necesitábamos más que una simple absolucion. Para salvarnos y arribar al puerto dichoso de la gloria, nos hubiera bastado una máquina cualquiera, una locomotora del menor coste posible. En nuestra opinion eso, y nó otra cosa, era lo único que se requería. Vosotros, gente devota, efectivamente seguís la senda de la religion: no es fácil que podamos nosotros definir el entusiasmo; pero vosotros, sin duda alguna, sois entusiastas, es decir, sois todo corazón y no cabeza. La mera fogosidad no suplirá jamás el talento: el fervor no es teología: otras cosas hay que hacer en la vida más que ir á Misa y confesarse. ¿Cómo hemos de poner nuestra confianza en gente que se deja llevar del entusiasmo religioso? Toda esa encarnacion de un Dios, y todo

ese romance del Evangelio, y todos esos sufrimientos superfluos, y todo ese derramamiento pródigo de sangre, y todo ese exceso de humillaciones, y todo ese servicio de amor, y toda esa exuberancia, en fin, de dolorosa compasion, á decir verdad, nos son enojosas; apenas podemos comprender semejantes prodigios. Parécenos que la cosa pudo haberse hecho de otra manera, pues al cabo fué un asunto entre deudor y acreedor. No todos son poetas, ni todos aficionados al romance. Aquí debe ocultarse, á no dudarlo, algun fraude. Dios es muy bueno, y su amor excelentísimo en su línea; nos ama con entrañable amor, y por supuesto que nosotros le amamos tambien. Pero francamente, con un poco de sentido común práctico, alguno que otro precepto razonable y la más estricta observancia de nuestros deberes respectivos, ¿no podríamos poner algun tanto á un lado, salvo el mayor respeto posible, esa maravillosa mitología del amor cristiano, é ir al cielo por una senda llana, corta, suave y trillada, más en consonancia con nuestro carácter de hombres y nuestra dignidad de europeos? *Si la raza anglo-sajona pecó efectivamente en Adán, razon es que suframos las consecuencias; mas repárese esa caída por un medio fácil y agradable, y con ese buen sentido que tanto aprecian las gentes cultas.»*

¡¡¡Bien!!! Pues si así debe ser, no me resta á mí otra cosa sino repetir aquellas valientes palabras de

Santa María Magdalena de Pázzis: «¡Oh Jesus mio? ¡Vos habeis hecho el papel de tonto por el amor!»

¡Pobre gloria divina desolada! ¡Tú eres un expósito en la tierra! ¡Ninguno quiere reclamaros! ¡ninguno reconoce parentesco alguno contigo, ni os da hospedaje en su casa! ¡Frio como es el mundo, y desapiadado por sus crímenes enormes, tú yaces gritando á nuestras puertas, y ninguno te atiende, ni se compadece de tu triste suerte! ¡Pobrecita gloria abandonada! ¡La tierra fué criada para que fuese morada tuya así como lo es el cielo; pero han venido ladrones de todas partes, y ya no encuentras senda alguna segura á lo largo de nuestros caminos! Todavía, sin embargo, existen unos cuantos de entre nosotros que hemos jurado al cielo recibirte ahora mismo en nuestra propia casa, como san Juan recibió en la suya á Maria: *Desde hoy nuestra sustancia es tu sustancia, y tuyo todo cuanto poseemos.*